ANTONIO PEREIRA, "UNA VENTANA A LA CARRETERA"

José Domingo

Conocíamos a Pereira por sus libros de poemas, que conferían a su voz un singular tono personal muy difícil de encontrar en nuestra lírica actual: frescor del paisaje campesino, seres humildes, ternura y sencillez. Inédita era para nosotros su actividad como prosista, que le llevó a conquistar el premio de cuentos «Leopoldo Alas» correspondiente al año 1966, que ahora nos llega -publicado por Editorial Rocas de Barcelona- con el título de «Una ventana a la carretera».

Preside el libro un prólogo de Ramón Carnicer, su paisano -ambos nacieron en la leonesa Villafranca del Bierzo-, que sabe alternar con provecho sus actividades docentes con la práctica de las letras, y en cuyo historial -curiosa coincidencia- figura también el premio «Leopoldo Alas» de 1960. El prólogo de Carnicer, magnífico ejemplo de lo que debe ser un prólogo en su elocuente brevedad, nos sitúa ante la personalidad de este poeta que, como tantos otros de su oficio, demuestra en este libro las excelencias de su prosa.

Podría imaginarse ante lo escrito anteriormente que Antonio Pereira continúa en sus cuentos su labor poética. Nada más alejado de la realidad, pues si se nos muestra en este libro tan excelente prosista como poeta en sus obras anteriores, sería difícil identificar al poeta en estas narraciones, tan alejadas se encuentran de su poesía habitual como de esa clase de prosa poética que es sólito hallar en un poeta cuando se decide por el cauce de la narrativa. Recurriendo a las atinadas palabras de su prologuista, Antonio Pereira responde en su faceta narrativa a su parte de ascendencia gallega, mientras su poesía se ajusta a «la gravedad significativa» de su cuna leonesa. En efecto, un humor e ironía muy galaicos campean sobre este conjunto de cuentos, al que le sienta como de perlas el título general de «Una ventana a la carretera», que corresponde a la primera y más extensa narración del libro. Sí, las páginas del volumen son como un mirador abierto en un pueblecito -supongamos que leonés por aquello del nacimiento del autor, pero que asimismo podría ser de cualquier otro lugar de la submeseta septentrional- a la carretera o calle principal, donde, a la par que se desarrolla la vida cotidiana de sus vecinos, discurre fugitiva la vida en tránsito. Tipos humanos estupendos, talmente arrancados de la realidad pueblerina:

Siro, el sacristán del convento de monjas, de mansa renunciación; «Rabanillos», el

conquistador fanfarrón; y los nocherniegos de la Crápula, y la sensación de amarga extrañeza que acomete al emigrante cuando, de regreso en su pueblo, no encuentra aquellos viejos escenarios que fue embelleciendo en su morriña...

Peripecias casi siempre captadas en el instante fugitivo, al brotaren el contraste con algún motivo, como cumple al buen cuento y no a la novela o narración breve. Y a su servicio, un lenguaje sabroso, bien empastado, detrás de cuya flexibilidad y aparente sencillez se descubre una atenta vigilancia y una adecuada matización, pero sin caer nunca en alardes preciosistas o en afectación. Lenguaje terso y ajustado, como la piel de sus personajes.